



RESEÑAS DE LIBROS

Book Reviews

TÍTULO

La historia en disputa. Memoria, olvido y usos del pasado.

Lucila Svampa.

Editorial Prometeo, Buenos Aires, 2016.

(1era Edición, 310 páginas. ISBN 978-987-574-766-1).

Lucila Svampa, *The history in dispute. Memory, oblivion and uses of the past.*

Editorial Prometeo, Buenos Aires, 2016, 310 pages.

Por Fernando Cocimano*

Fecha de Recepción: 01 de febrero de 2017.

Fecha de Aceptación: 14 de abril de 2017.

Palabras clave: *Historia, Usos, Política.*

Keywords: *History, Use, Politics.*

* Licenciado en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Becario doctoral por la Universidad de Buenos Aires Ciencia y Técnica (UBACyT). Maestrando en Teoría Política y Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Correo electrónico: cocimanofernando@gmail.com

La presente obra, escrita por Lucila Svampa y prologada por Francisco Naishtat, constituye una intervención teórica suscitada por una serie de polémicas que han surcado el espacio público argentino en la última década. Desde el comienzo del ciclo político kirchnerista, se sucedieron diversas críticas respecto al modo de abordar el pasado dirigidas principalmente al gobierno nacional. “Manipulación”, “relato”, “memoria parcial”, fueron los términos privilegiados por modos de la crítica que se erigían en una denuncia respecto a usos del pasado que se consideraban tendenciosos, políticos y no científicos. Asimismo, la autora reconstruye diversas perspectivas que en otras latitudes han leído de un modo similar las relaciones entre la política y el pasado¹, para concluir que tales críticas se sostienen en cuatro trampas, a saber: la existencia de un sentido en la historia, la posibilidad de acceder a él, un dualismo entre memoria y olvido, y por último, la potestad de identificar las intenciones de quienes usan el pasado con un propósito siempre vil. La autora se propone deconstruir tales presupuestos simplistas, rescatando la noción de usos del pasado “de las connotaciones negativas que en ella recaen para privilegiar, por el contrario, una perspectiva que admita esta denominación como iluminadora de la relación entre pasado y política” (2016: 53).

El primer capítulo se abre con la interrogación en torno a la emergencia del concepto moderno de historia. Apoyándose en Koselleck, la autora señala que allí se entrelazan, por un lado, *die Geschichte*, término germano que remite a los acontecimientos y eventos pasados, y *die Historie*, vocablo de origen latino

que refiere a la historia como reflexión sobre sí misma, proceso, que dio lugar a lo que conocemos como “filosofía de la historia”. Este encuentro entre la filosofía y la historia recibirá en el idealismo alemán –encarnado aquí en las obras de Kant y Hegel– un tratamiento que sentará las bases de una concepción teleológica de la historia.

En ese sentido, la autora recorre la obra kantiana restituyendo los modos de aparición de la historia en su pensamiento, destacando asimismo la relevancia del concepto de idea reguladora que, en tanto “ficción heurística”, nos permite sostener un sentido en la historia, un “como sí” que pese a no ser constatable, funciona como guía para la acción. Svampa se detiene aquí en la noción kantiana de una finalidad en la naturaleza que abre la posibilidad de leer la historia como un *continuum* de perfectibilidad infinita. A diferencia la postulación kantiana de un principio trascendente como clave de inteligibilidad del devenir histórico, la autora destaca que el historicismo hegeliano sostiene la necesidad de un principio interno inmanente a los acontecimientos, cuyo sentido o fin es la realización de la libertad. De este modo, Hegel identifica el progreso no como una abstracta perfectibilidad infinita, sino como una finalidad inmanente a la historia. Para Hegel, comprender los acontecimientos históricos como acontecimientos con sentido implica no tomarlos como una sumatoria causal e inconexa sino como momentos concatenados de una totalidad deviniente. Desde este punto de vista, la historia se revela como el devenir del Espíritu Universal, que se manifiesta en los espíritus de los pueblos. Cuando el Espíritu deviene autoconsciente, es decir, cuando adviene el Saber Absoluto, la historia se consume dando lugar a un presente que contiene todo lo acontecido.

Frente a las concepciones teleológicas de la historia, Svampa repone diversas críticas que apuntan a deconstruir la posibilidad de un sentido en la historia. Allí aparecen los nom-

1 Perspectivas tan diferentes como las esgrimidas por Enzo Traverso, Manuel Cruz, Claudia Hilb y Alejandro Katz, comparten sin embargo cierta crítica abstracta a los usos del pasado, en la que se escondería un modo de justificación de los poderes políticos de turno.

bres de Nietzsche, Benjamin y Koselleck. En el caso de Nietzsche, la crítica radical al hegelianismo se centra, en primer lugar, en la tarea de la filosofía, donde ya no se trata de revelar el sentido que anima los acontecimientos, sino que la comprensión de la historia debe potenciar las fuerzas creativas del presente. Aquí Svampa recupera la idea nietzscheana del uso de la historia para la vida, donde el uso se asocia a cierto olvido que propicia la acción y contrasta con el evolucionismo hegeliano que paraliza las fuerzas vitales. Al mismo tiempo, se afirman las potencialidades del “eterno retorno”, destacando no sólo el descentramiento de la temporalidad continua a partir de un complejo juego de azar y necesidad, que abre un horizonte de posibilidades a la voluntad, sino reteniendo también su aspecto ético-político, vinculado al *amor fati*. Por su parte, en Benjamin, la crítica a la teleología no asume la forma de un olvido o sentido ahistórico, sino que apunta a la estructura de ese tiempo continuo que sella el dominio de los vencedores. La autora trabaja en detalle la rememoración y la redención, en tanto nociones que se articulan para producir un nuevo concepto de historia. El pasado entendido como pendiente hace alusión a aquello que fue violentado y se asocia a la rememoración, donde lo sido no aparece como material “a la mano”, sino como aquello que nos sale al paso, interrumpiendo el decurso continuo. En este sentido, la tarea del conocimiento se asocia a una práctica redentora que busca rescatar ese pasado del olvido, actualizándolo en el presente. Por último, la autora recupera las categorías de “ausencia de sentido” y “estructuras de repetición”, mediante las cuales Koselleck se propone rechazar abiertamente la posibilidad de un sentido en la historia y en la del progreso. La ausencia de sentido se sostiene en que la apelación a ciertos valores funciona como coartada que permite justificar cualquier acontecimiento por la apelación a un fin pretendidamente justo.

El segundo capítulo despliega los problemas ligados a interpretación histórica. Svampa restituye aquí las diversas tradiciones que componen la hermenéutica, de Schleiermacher a Ricoeur, pasando por Dilthey y Gadamer, para colocar a la interpretación como un problema filosófico en sí mismo. Asimismo, mediante Gadamer, Svampa da cuenta de la relación estrecha entre comprensión e historia, algo que exige una comprensión del hombre mismo en la historia. Esto implica asumir la irreductibilidad de una serie de elementos tales como tradiciones y prejuicios que afectan la historicidad de quien interpreta. A su vez, la mutua imbricación que Gadamer identifica entre lenguaje y pensamiento le permite a Svampa trasladarse al pensamiento de Ricoeur, quien frente a la dualidad entre explicar y comprender, establece la centralidad del texto y la interpretación. Asimismo, es mediante el filósofo francés que la autora se adentra en los problemas abiertos por el narrativismo, destacando el relato como articulador y creador de historias, al tiempo que el “paradigma del texto” le permite problematizar la relación entre historia y ficción, dando lugar a una compleja articulación alejada de las unilateralidades del positivismo y del ficcionalismo. Luego, Svampa discute la lectura de Nietzsche realizada por Ricoeur, donde el filósofo alemán es incluido en una de las vertientes de la hermenéutica, definida por Ricoeur como “escuela de la sospecha”, cuya noción de interpretación tendría por objetivo “despejar el horizonte para dar con una palabra más auténtica” (123). Frente a ello, la autora recupera la lectura foucaultiana de Nietzsche, en la que la idea de interpretación y verdad se encuentran fuertemente asociadas a una concepción relacional del poder y a una lectura genealógica de la historia crítica de todo punto vista suprahistórico. En ese sentido, el conocimiento ya no trabaja con una idea de adecuación al objeto, ni tiene por objetivo restituir un sentido oculto, sino que exige una aproximación política que sea capaz

de leer los efectos de relaciones de lucha y poder. Ajeno a todo origen, el conocimiento alude a una invención que se despliega al interior de una trama compleja de relaciones de fuerza, ficciones y violencia.

A partir de la consideración de la naturaleza agonística del lenguaje delineada anteriormente, Svampa traza un puente con la historia conceptual de Koselleck, a la luz de la cual pensar la relación entre historia y acción lingüística. Recuperando a Nietzsche, Koselleck establece que los conceptos no tienen historia, sino que *contienen* historia, y que éstos *reflejan* al mismo tiempo que *impactan* en la experiencia histórica misma, anticipándose e interviniendo sobre ella. De este modo, en el lenguaje se entrelazan dos temporalidades que exigen considerar en su especificidad elementos diacrónicos y sincrónicos para el estudio de las luchas sociales que las transformaciones conceptuales albergan.

En el siguiente capítulo, la autora recorre las principales obras que reflexionaron en torno a la memoria y el olvido. Frente a las intervenciones que plantean que la memoria es o bien individual o bien colectiva, Svampa establece la primacía de la dimensión social de la memoria basándose en los "marcos sociales" de Halbwachs. Esto muestra cómo los distintos grupos de pertenencia de los individuos permiten el recuerdo, auxiliando reconstrucciones incompletas. En segundo lugar, la autora transita la diferenciación de la memoria con la historia a través del trabajo de Halbwachs, Pierre Nora y Ricoeur. Mientras que la historia está orientada por un impulso científico y universal, la memoria expresa emociones propias de quienes vivieron esos acontecimientos. Este modo de concebir la relación entre memoria e historia parecería adscribir a un límite estricto entre pasado, presente y futuro, límite que es preciso deconstruir. Para ello, la autora se apoya en ciertos aportes de Ricoeur, quien sostiene que si bien los hechos pasados son inamovibles, su sentido nunca está del todo

clausurado, dando lugar a una relación dialéctica entre memoria e historia. Dicha dialéctica deberá ser capaz de trabajar en niveles que permitan producir una apertura de la historia con respecto a la memoria. Esta apertura es explorada por la autora a través de la figura del testimonio. En tal sentido, las apreciaciones de Primo Levi permiten destacar la relevancia del testimonio frente a experiencias traumáticas como el nazismo, donde no sólo se perseguía la aniquilación de los cuerpos sino el exterminio de la memoria y el recuerdo. Sin el testimonio de los sobrevivientes, las víctimas no hubieran existido nunca.

A continuación, la autora restituye múltiples abordajes sobre el olvido, destacando tanto su potencia como sus peligros. Aquí, Nietzsche es convocado nuevamente y se recorre su concepción del olvido que, al estar ligado a una "fuerza plástica", abre un horizonte de posibilidad para la acción. A partir de Ricoeur, la autora destaca los efectos negativos del olvido, sobre todo en lo que hace la conformación de la identidad, ligada al recuerdo de sí mismo, y respecto a los compromisos memoriales entre distintas generaciones que pretenden sellar un imperativo contra el olvido. En ese sentido, Svampa recupera la noción arendtiana de promesa que, en tanto facultad de la acción, es capaz de alterar la temporalidad al disponer del futuro en el presente. Por último, se considera la dimensión estratégica del olvido, donde éste aparece no ya como el efecto de un descuido, sino como resultado de un dispositivo complejo, encarnado aquí en la sobresaturación de información producida por los medios de comunicación. El capítulo concluye con un análisis crítico del trabajo de Huyssen dedicado a los bombardeos de Dresde y la dimensión política de los desaparecidos en la Argentina. La tesis del pensador alemán es que el escamoteo de ambos hechos permitió la institución de un consenso memorial. El problema aquí no es sólo el esquema que informa esa tesis, a saber: la exclusión entre memoria y olvido, sino que

la misma no puede responder a cómo es posible que surjan voces en el sentido opuesto a ese consenso. Esto torna imposible una voluntad de olvido exitosa. Por último, el rechazo a una relación excluyente entre memoria y olvido no asume la forma de una especie de equilibrio o punto medio, sino que exige considerar, a la luz de las coyunturas históricas concretas, la imagen específica que asume ese recuerdo y su relación con las fuerzas políticas presentes.

El último capítulo se centra en la relación entre historia y política, considerando los diversos modos en los que el Estado interviene en la gestión del pasado. De la mano de Michel Johann, Svampa define las políticas memoriales como “regulaciones vinculadas al mantenimiento de ciertos recuerdos en vistas a la conformación de la identidad de las sociedades” (276), dando lugar a un “régimen memorial” que establece una relación variable entre una sociedad y su tiempo. Aquí, la autora recupera los desarrollos de Koselleck a propósito del vínculo entre los principios jurídicos y los acontecimientos históricos, destacando el desajuste entre ambos a partir de la repetibilidad que signa los primeros y la acontecimentalidad que define los segundos. En esta línea, la autora recupera a Schmitt en vistas de cuestionar la pretensión de un derecho neutral purificado de pugnas sociales y políticas. El carácter político del derecho es analizado aquí a través de la instancia ineludible de la decisión y su dimensión conflictiva. Así, la afirmación del carácter antagonista de lo político le permite sostener que la historia es un campo de batalla, donde las políticas memoriales no necesariamente neutralizan las distintas voces en torno al pasado, sino que pueden dar lugar a intervenciones que propicien la pluralidad.

Respecto a los modos que puede asumir la gestión político-institucional de la memoria, Svampa se detiene en algunos dilemas en relación al perdón y el problema de la responsabilidad, a través de las intervenciones de Ricoeur, Derrida y Arendt. El capítulo concluye con un

análisis de los “lugares de memoria” propuestos por Nora, noción que designa tanto experiencias materiales como abstractas que tienen por objeto memorias que están en peligro. De las múltiples expresiones de estos lugares, la autora se detiene en el caso de los monumentos, destacando las múltiples transformaciones y resignificaciones a las que son sometidos. En relación a esto, Svampa recupera los análisis iconológicos de Koselleck, quien destaca una serie de transformaciones que los monumentos han protagonizado, para luego recuperar la noción de “contra-monumentos”. Por último, reconstruye en detalle las diversas etapas por las que atravesó la rememoración del Holocausto en Alemania, deteniéndose en las discusiones suscitadas por el “Monumento a los judíos asesinados de Europa”. Allí, la autora restituye las perspectivas que dan cuenta de la radicalidad del monumento, como la de Eisenman, al tiempo que también se consideran perspectivas abiertamente críticas del mismo, como las de Koselleck, quien lee allí una violencia fundada en la exclusión de gitanos, homosexuales y presos políticos, víctimas todas del Holocausto. La pertinencia de la querrela en torno al monumento le permite a la autora destacar que el debate y la polémica son los que definen a las políticas memoriales.

A luz del presente recorrido, quisiéramos retener una serie de elementos que el libro de Svampa nos arroja y que constituyen insumos indispensables a la hora de pensar de un modo complejo las relaciones entre filosofía, historia y política. Luego de poner en entredicho las cuatro trampas que dieron lugar a cada capítulo, el libro logra (re) definir los usos del pasado. El movimiento argumental concluye que puesto que no existe un sentido unívoco en la historia, que no es posible acceder al pasado de forma neutral, que olvido y memoria no son más que un falso reverso y que toda intervención sobre el pasado es política, el pasado se puede usar. Ahora bien, se trata de un uso que, en la estela de Nietzsche

pero también de Benjamin, se presenta como irreductible a toda tentativa de “apropiación”, articulándose, por el contrario, con una práctica política que concibe el pasado no como algo “a la mano”, sino como aquello que nos sale al paso y cuyo estatuto pendiente designa una exigencia de justicia y asume por ende, que “la diferenciación entre buen y mal uso es inherente a lo político” (297). En este sentido, la problematización de la categoría de “uso del pasado” desarrollada por Svampa conecta con la deconstrucción de la soberanía del sujeto, cuya unidad es solidaria de una conceptualización teleológica de la historia, donde el pasado aparece como una materia dócil de la que éste podría disponer. Esto nos permite complejizar las lecturas del pasado en clave de “manipulación”, donde el Estado aparece como un Sujeto susceptible de moldear a su antojo la historia. Como lo demuestra Svampa mediante una relectura de la obra de Foucault, el poder alude a una relación compleja de fuerzas que no se reduce al Estado. Por último, la conceptualización de la política como una práctica que involucra perspectivas antagónicas, debería permitirnos pensar las políticas de la memoria no bajo el horizonte de una unidad purificada de conflictos, sino como políticas que, en tanto apuntan a reparar lo irreparable, sean capaces de propiciar la pluralidad. Es decir, que asuman que la historia es un campo de batalla.